

Bordar nudos en el aire: el arte de Tamara Rivas

En aquel entonces, las blusas del traje típico eran muy escasas. Había que buscarlas en algún baúl de una abuela dispuesta a prestarlas para el baile. Pero no todas las abuelas estaban dispuestas a hacerlo, eran prendas muy apreciadas. Y, cuando se conseguía alguna, su estado de conservación no era el más adecuado, pero no importaba, la blusa se parchaba y la joven la lucía con gran orgullo.

Hace unos 20 años que Soledad Tamara Rivas Vázquez y su esposo Alfonso González Maldonado llegaron a Tlacolula de Matamoros. Para los recién casados, la vida les sonreía y más cuando los premió con su hijo Luis. Ella, originaria de Tabasco, admiraba las costumbres del pueblo de su marido, esa hermosa tierra de Oaxaca que sería su hogar. Se fascinó con la comida, los guisos de las cocineras, los platillos para cada fiesta y, sorprendida de los ingredientes que usaban, encontró en el arte culinario una parte fundamental de la cultura de Tlacolula.

Alfonso, por su parte, consiguió trabajo en la regiduría de Turismo y era el encargado de la Delegación de la Guelaguetza, la fiesta que se celebra cada año en el cerro del Fortín con una vista espléndida hacia la ciudad de Oaxaca. En esta festividad, también conocida como los lunes del cerro, participan diversos grupos de las ocho regiones del estado con sus hermosos trajes para dar a conocer su música, danzas y lenguas.

Las jóvenes de Tlacolula, ansiosas por participar en el baile, se desilusionaban porque era casi imposible conseguir una blusa. A Tamara se le hizo muy fácil manufacturar unas nuevas. El problema es que ya nadie tejía ni bordaba blusas, hacía años y años que nadie se daba a la tarea de confeccionarlas. Y lo peor es que esas hermosas prendas guardaban un secreto: finos detalles elaborados con la randa de aguja, una técnica sofisticada que ya nadie practicaba.

Tejer randa consiste en hacer pequeñísimos nudos con una sola aguja y un solo hilo. Al tejer de esta manera, pareciera que se borda sobre el aire, pues la aguja no atraviesa la tela en cada puntada, sino que engarza los nudos previos. Además de paciencia, el trabajo pide muy buenos ojos. Si no es tarea sencilla realizar un bloque de nudos parejos, más difícil es formar un diseño. Las figuras se logran al rellenar nudos densos sobre un fondo de redcilla abierta, donde los nudos van espaciados como para darle paso al viento.

Se dice fácil, pero alcanzar la precisión que requiere ese contrapunto entre tejido de red y tejido cerrado es un verdadero alarde de destreza.

Tamara comenzó a preguntar en la comunidad, hasta que supo que don René Calderón había investigado cómo se hacía la randa de aguja. Pronto se entrevistó con él. Pero una cosa era investigar y otra intentar en la experiencia. Pasaron horas y horas, las pocas que tenía René y las muchas que Tamara practicaba. Por fin, llegó el día en que logró confeccionar una camisa. Esto causó un revuelo en Tlacolula, había una gran inquietud para que Tamara hiciera más prendas.

Tamara sabía que no iba a poder uniformar a una población. Decidió no guardar ningún secreto y enseñó a varias jóvenes a elaborar su propia blusa. Al principio tenía entre 25 y 30 alumnas y lograron crear 40 blusas en 3 años. Así, poco a poco se recuperó el oficio de tejer y bordar en Tlacolula. Hoy es una maestra reconocida en la comunidad y algunas de sus alumnas también enseñan a confeccionar camisas. Ella aportó la difusión del conocimiento de una técnica olvidada y descubrió en la randa de aguja, un encuentro consigo misma y el sentido de su vida.

En uno de sus paseos a la capital del estado, Tamara Rivas conoció el Museo Textil de Oaxaca. En él encontró un refugio, una escuela, un sitio digno para contar su historia y explayar sus conocimientos. Fue ahí, donde logró ver prendas muy antiguas tejidas en randa de aguja, obras de extraordinaria belleza. Alejandro de Ávila, curador del Museo y gran conocedor del arte textil, expresó su asombro frente a una blusa de china poblana: “hace varias décadas que en México no se hacía nada con randa de aguja”. Así, Tamara fue adoptada por el Museo para incursionar en retos técnicos muy sofisticados. Con un gesto de amor en cada lazada y entre telas finas, Tamara se volvió “randomaniaca”, su arte adquirió plasticidad, ingenio y destreza en el detalle.

Es precisamente en el detalle donde la artista encuentra su dimensión estética exquisita. Los drapeados y las imágenes minúsculas de sus randas contienen rigor y esto sólo es posible cuando se tiene un gran conocimiento. Los motivos se representan con detalle después de haber sido detenidamente estudiados. Son fruto del amor hacia su amado Alfonso.

Es él quien idea un concepto, trabaja las formas en una cuadrícula y crea las figuras que sirven de modelos a Tamara. Pasan horas y días argumentando si se ilumina o no un cuadrado y, después de muchas objeciones, deciden borrar uno, incrementar otro y así la figura adquiere movimiento.

Admirado por el trabajo de su mujer, Alfonso decidió involucrarse en el tejido íntimo de Tamara. Con una disciplina y una constancia formidable, ambos han logrado unirse también en el arte de los hilos. Y es que es la pasión la que teje sin fin y, al hacerlo los problemas se olvidan y se fecunda la creatividad.

Juntos descubrieron la plasticidad en la camisa de Tlacolula. Los motivos convencionales como el conejo, el mono, los pájaros podrían ser distintos y ambos han decidido crear miniaturas tejidas que expresen motivos propios de su cultura, al gusto de cada usuario.

Tamara y Alfonso son además grandes contadores de historias. Sus narraciones empiezan: “el abuelo me contaba”... y así las variadas canastas de calenda y las mujeres de las 8 regiones de Oaxaca bailan en los finos pepenados; el maromero cobra vida en los diminutos drapeados; la semblanza campesina con el arado queda inscrita en el tejido de la randa cual historia contada en la sobremesa o alrededor del fogón: cuando el señor avienta la semilla, llega el burrito, seguido de los perros, cuidando al toro. Sus camisas son libros abiertos que muestran íconos propios de Tlacolula y su elocuencia encuentra eco en las fabulosas historias contadas por ellos. Es a través de estos minuciosos motivos que Tamara y Alfonso logran mantener viva la randa y la perfección en las imágenes de su comunidad.

El objetivo de Tamara y de Alfonso ha sido innovar, buscar la diferencia, esmerarse en la perfección técnica, cada día es un reto para mejorar. Se dieron cuenta que si alguna figura requería de muchos cuadros, era imposible plasmarlo en el espacio tan pequeño de la blusa, así que optaron por usar un hilo más delgado, hacer un trabajo más fino que goza de un extraordinario detalle propio del mundo de la miniatura.

Detalle, detalle y precisión, así es el arte de Tamara Rivas. Su obra es magistral como en los trazos los libros miniados, en los pliegues de una escultura griega, en las texturas suaves de las pinturas de Van Eyck, en los drapeados de Andrea del Verocchio, en las incisiones obsesivas de Francisco Toledo y sobre todo en la literatura clásica.

En estos detalles no encontramos más que composiciones predisuestas a la sensibilidad humana, dan sensación de confianza, porque el artista comunica algo que conoce muy bien.

La sensibilidad de los motivos de Tamara es una cumbre nunca alcanzada antes en la randa de aguja ni en los pepenados. Sus formas emanan de la más profunda reflexión, salen de su interior y se convierten en un goce estético de amor a Oaxaca. Por ello, el Museo Textil de Oaxaca se honra en reconocer su talento y la pasión con la que trabaja. México requiere de personas que amen a su tierra como lo hace Tamara y Alfonso, ellos que son capaces de fundirse en el arte y expresar la belleza en el tejido de los detalles.

María Isabel Grañén Porrúa
Presidenta